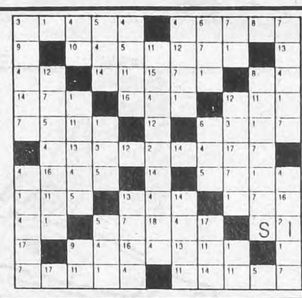
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MARTES



V	E	R	S	O	S		N	A	T	O
A	L	E	O		O	L	E	D	O	R
L	L	O	R	E		E	V	O	C	O
L	O	S		V	A	G	A	R	A	
A	S		P	A	S	A	D	E	R	O
D		P	O	S	A	M	O	S		V
O	N	E	R	O	S	O	S		T	A
	A	T	O	R	E	S		C	O	L
A	B	A	T	E		O	B	E	S	A
T	O	L	O	S	A		A	R	A	D
O	S	O	S		C	O	R	O	N	A

SI YO MUERO PRIMERO

(Fragmento)

Página/2/3

Verano/12

ECLIPSE EN CARILÓ

(Por Claudia Selser) Fue el día del eclipse, cuando todos dieron la espalda al sol en las playas de Cariló. Lo vieron ahí en la terraza del café Hemingway: traje de baño, torso desnudo, codo sobre la mesa, jovencita de flequillo con mirada enamorada a su costado, attaché de cuero borravino sobre la silla. Al principio no notaron los anteojos. Ni el pelo rubio cortado al ras sobre la nuca. Ni ese gesto de bebé pretencioso que pasearon por el mundo los hombres del clan Kennedy.

Fue después de que la nena pidiera la Coca-Cola. La mujer encontró la fijeza de los anteojos negros y se sintió halagada. Pensó que había hecho bien en animarse a la tanga verde. Pensó también que debía ser marino. Su marido miró el attaché de cuero borravino y pensó en Astiz.

Lo encontraron esa misma noche en Valeria del Mar, en la heladería Massera. La mujer vio cómo la miraba por sobre la cabeza de la joven de flequillo adosada al costado. Comprobó también cómo se deslizaba el par de anteojos negros hacia la nena que en esos momentos estiraba sus cuatro años para alcanzar el bebedero. Después fue su turno, hizo equilibrio con los helados, agarró a su hija y se dirigió al coche donde esperaba el marido. Entonces borró al tipo de la cabeza. Dos días después lo volvieron a ver en la terraza del Hemingway. La joven de flequillo, el attaché, los anteojos. Tomaba un trago largo con la parsimonia de quien dispone de todo el tiempo del mundo. Ellos, como si se hubieran puesto de acuerdo, eligieron una mesa bastante alejada bajo el sol y le dieron la espalda. La mujer no supo entonces si la miraba; su marido continuó contándole las delicias de la pesca en el muelle mientras la nena vagabundeaba entre las mesas juntando pajitas.

—¿Cómo te llamás? Tatiana.

—¿Cuántos años tenés? Cuatro.

—¿Tenés más hermanitos? No.

—¿Tenés novio? No, porque ya me peleé.

—¿Dónde vivís? En Agüero y Santa Fe.

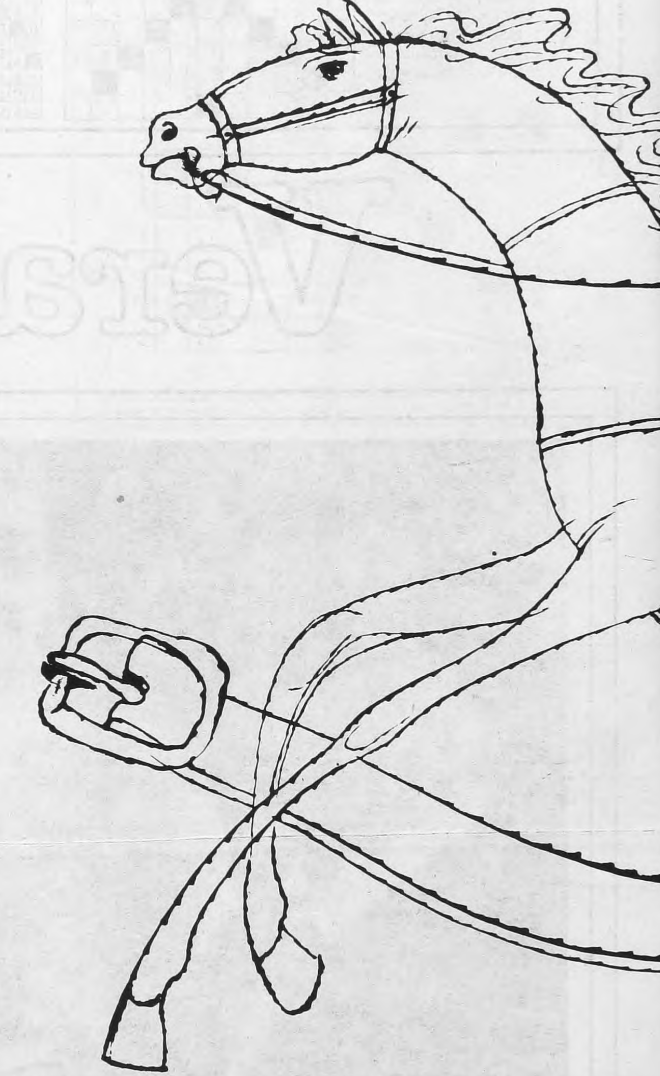
—Y tu mamá, ¿cómo se llama? Alejandra.

—Y tu mamá ¿fuma? Y tu papá ¿en qué trabaja? Es profesor de la universidad.

Ellos voltearon: la hija, que siempre iba con todo el mundo sin el más mínimo problema, intentaba bajarse de las rodillas del tipo.

La llamaron. Ella regresó volando ni bien se agenció de todas las pajitas . La mujer le pidió que se quedara allí con ellos, el padre le dijo que no quería que volviera a hablar con ese tipo. La nena, atracándose con un helado de frutillas, explicó que a ella no le gustaba el señor de los anteojos negros porque tenía una voz muy fea.

Susana Silvestre ganó en 1982 el Premio Roberto Arlt en el certamen organizado por la Municipalidad de Comodoro Rivadavia con su primer libro de cuentos, "El espectáculo del mundo". Desde entonces ha desarrollado una prolífica actividad literaria que incluye colaboraciones regulares en varios medios periodísticos. Fue codirectora de la revista "Mascaró". El cuento que se publica hoy pertenece a su tercer libro, actualmente en preparación.



SI YO MUERO

Por Susana Silvestre

Todo ha sido tan certero y al principio casi inexplicable. Apenas abrió la puerta de calle el padre la arrastró hasta el baño; con la mano libre se sacaba el cinto. Hernán volteó la cara para no ver y la madre decía Dios mío, Dios mío. Pero la dulzura inefable no llegó hasta ella, que aprisionada soportó los cintazos como mejor pudo. Hubiera querido no gritar. Le hubiera gustado no insultarlo. El cinto iba y venía, restallando; el chasquido en las piernas desnudas y en los brazos defendidos por el pulóver y a su vez resguardando la cara. El golpeó, mudo, empecinado, la carne de la que lo había ofendido como nadie en la vida.

Ahora está sentada en la cama y presiona malignamente las heridas para que no se le olvide el odio. No piensa mirarse en el espejo, tampoco llora. Siente vergüenza eso sí. Una vergüenza desmesurada al evocar la mirada de los vecinos, que finalmente la libraron del abrazo. Ahora mira el techo tratando de no dormirse, necesita pensar algún modo de avisarle a él que su padre se enteró de todo. Lo que no sabía se lo informó ella cuando acabó de pegarle. Tiene que conseguir dejar de ser ese despojo, ese cuerpo ambiguo, casi sin sexo. Y no quiere pensar en su hermano, que volteó la cara para no ver, y que cuando la volvió a su sitio había dejado, brutalmente, de ser chico.

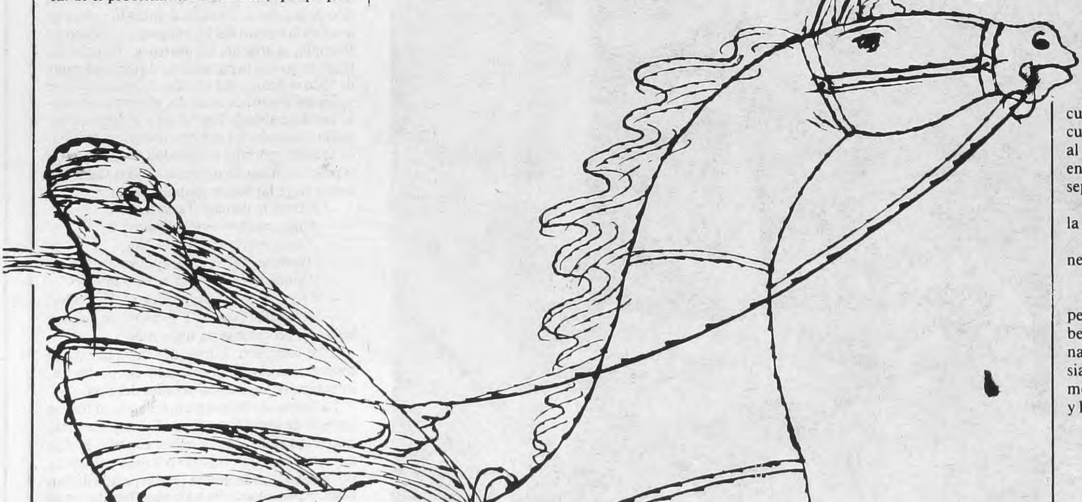
Tienen todo decidido. Ella no volverá a trabajar en ese sitio. Tampoco saldrá de la casa por un tiempo, así que la madre irá mañana hasta Provincias Unidas a hablar con la overloquista. Remallarán pulóveres. Y ahora a cenar porque empieza una vida nueva. Con el futuro en las manos se sientan a la mesa. Si el problema era la escuela, que prepare segundo libre, ése es asunto de ella. Y ahora a la cama, a soñar con los angelitos.

Se despierta antes de que amanezca y amontona ropa de los estantes.

—¿Te vas? —pregunta Alina, tocándola suavemente.

—Shh.

Se irá, la vean o no. Pero tiene que mantener el secreto hasta que consiga avisarle a él. Busca en la cartera, saca papel y una birome. Escribe el nombre de él, el teléfono del trabajo y una explicación para Nuchi. Lo hace de manera tan enredada que difícilmente Nuchi se entere de cosas distintas de las que ya sabe, ella y los demás vecinos de la cuadra. Los de las casas linderas oyeron mejor pero los de la vereda de enfrente vieron más, sin contar a los que tuvieron intervención directa. Nuchi debe llamar por teléfono, hablar con él y explicarle que el padre se enteró de todo. Después tiene que preguntarle adónde la espera y a qué hora. Queda encargada, también, de conseguirle una valija. Dobla el papel y lo esconde, Alina no pregunta nada. A ella no va a mezclarla.



A media mañana cualquier chico de la cuadra se detendrá en su vereda. Son las diez cuando la madre sale para la overloquista y al rato, el menor de los Galán se dispone a enterrar un tesoro en la callecita de tierra que separa las dos hileras de casas.

—Shh, Galán —murmura asomándose a la reja—, llevale esto a la Nuchi.

El chico la investiga, inquisidores ojos negros, nariz inexistente.

—¡Lleváselo!

El menor de los Galán se apodera del papel y corre por la vereda. Pelo lustrado. Esbelto, Ventrudo. Ahora sólo tiene que terminar de preparar su ropa. Pero está demasiado cansada y se queda dormida. En algún momento la madre vuelve de la overloquista y le pregunta si quiere comer. Que no y sigue

SI YO MUERO PRIMERO

(Fragmento)

Susana Silvestre ganó en 1982 el Premio Roberto Arlt en el certamen organizado por la Municipalidad de Comodoro Rivadavia con su primer libro de cuentos, "El espectáculo del mundo". Desde entonces ha desarrollado una prolífica actividad literaria que incluye colaboraciones regulares en varios medios periodísticos. Fue codirectora de la revista "Mascaró". El cuento que se publica hoy pertenece a su tercer libro, actualmente en preparación.

Por Susana Silvestre

Todo ha sido tan certero y al principio casi inexplicable. Apenas abrió la puerta de calle el padre la arrastró hasta el baño; con la mano libre se sacaba el cinto. Hernán volteó la cara para no ver y la madre decía Dios mío, Dios mío. Pero la dulzura inefable no llegó hasta ella, que aprisionada soportó los cintazos como mejor pudo. Hubiera querido no gritar. Le hubiera gustado no insultarlo. El cinto iba y venía, restallando; el chasquido en las piernas desnudas y en los brazos defendidos por el pulóver y a su vez resguardando la cara. El golpeó, mudo, empecinado, la carne de la que lo había ofendido como nadie en la vida.

Ahora está sentada en la cama y presiona malignamente las heridas para que no se le olvide el odio. No piensa mirarse en el espejo, tampoco llora. Siente vergüenza eso sí. Una vergüenza desmesurada al evocar la mirada de los vecinos, que finalmente la libraron del abrazo. Ahora mira el techo tratando de no dormirse, necesita pensar algún modo de avisarle a él que su padre se enteró de todo. Lo que no sabía se lo informó ella cuando acabó de pegarle. Tiene que conseguir dejar de ser ese despojo, ese cuerpo ambiguo, casi sin sexo. Y no quiere pensar en su hermano, que volteó la cara para no ver, y que cuando la volvió a su sitio había dejado, brutalmente, de ser chico.

Tienen todo decidido. Ella no volverá a trabajar en ese sitio. Tampoco saldrá de la casa por un tiempo, así que la madre irá mañana hasta Provincias Unidas a hablar con la overloquista. Remallarán pulóveres. Y ahora a cenar porque empieza una vida nueva. Con el futuro en las manos se sientan a la mesa. Si el problema era la escuela, que prepare segundo libre, ése es asunto de ella. Y ahora a la cama, a soñar con los angelitos.

Se despierta antes de que amanezca y amontona ropa de los estantes.

—¿Te vas? —pregunta Alina, tocándola suavemente.

—Shh.

Se irá, la vean o no. Pero tiene que mantener el secreto hasta que consiga avisarle a él. Busca en la cartera, saca papel y una birome. Escribe el nombre de él, el teléfono del trabajo y una explicación para Nuchi. Lo hace de manera tan enredada que difícilmente Nuchi se entere de cosas distintas de las que ya sabe, ella y los demás vecinos de la cuadra. Los de las casas linderas oyeron mejor pero los de la vereda de enfrente vieron más, sin contar a los que tuvieron intervención directa. Nuchi debe llamar por teléfono, hablar con él y explicarle que el padre se enteró de todo. Después tiene que preguntarle adónde la espera y a qué hora. Queda encargada, también, de conseguirle una valija. Dobla el papel y lo esconde, Alina no pregunta nada. A ella no va a mezclarla.



A media mañana cualquier chico de la cuadra se detendrá en su vereda. Son las diez cuando la madre sale para la overloquista y al rato, el menor de los Galán se dispone a enterrar un tesoro en la callecita de tierra que separa las dos hileras de casas.

—Shh, Galán —murmura asomándose a la reja—, llevale esto a la Nuchi.

El chico la investiga, inquisidores ojos negros, nariz inexistente.

—¡Llevászelo!

El menor de los Galán se apodera del papel y corre por la vereda. Pelo lustrado. Esbelto, Ventrudo. Ahora sólo tiene que terminar de preparar su ropa. Pero está demasiado cansada y se queda dormida. En algún momento la madre vuelve de la overloquista y le pregunta si quiere comer. Que no y sigue durmiendo. Es la hora de la siesta, duerme la madre y las mujeres casadas de la cuadra. Un toquecito en la reja.

—Eh, Lilí —dice Nuchi.

—¿Hablaste? —le pregunta ella.

—Sí, pero a mí no me metas en líos. Ya tengo bastantes.

—Y qué te dijo.

—Que vos no te preocupes por nada. Que él va a venir a hablar con tu papá.

Y se la va a llevar en andas. Y cruzarán la calle ancha y después la avenida y vivirán juntos toda la vida.

—¿Pero para qué va a venir a hablar con mi papá?

—Qué sé yo. ¿Te vas a casar con él?

—El ya está casado, ¿y sabés cuántos años tiene? Casi como mi papá.

Nuchi se queda como de piedra. En el fondo no debería extrañarle, teniendo en cuenta aquel episodio que vivieron juntas. Tal vez Nuchi ni siquiera se acuerde.

—Por la voz me parecía —dice Nuchi, alejándose de la reja—. Es linda pero no es la voz de un chico. Es linda, es gruesa —se va caminando de espaldas—. No me metas en más líos.

Se olvidó de reclamarle la valija y ahora la madre se mueve en la cama de la otra pieza. Sobre la mesa de la cocina están los pulóveres que trajo para remallar. No piensa agarrar la aguja, además tiene moretones en el dorso de las manos y los dedos hinchados y no va a dejar de mirar la calle hasta que él llegue. Entreabre la cortina y se recuesta contra la pared. Desde ahí podrá ver sin que la vean.

Debe ser tarde porque en la vereda de enfrente se recortan las sombras de las casas. De este lado todavía hay sol, rojo, sanguinolento. Y entonces lo ve venir y con ella toda la cuadra. Hay quien sale a la vereda para apreciar el motivo del escándalo. Ella le habló reiteradamente de su casa como para que él busque timbre, aldaba o llamador. Se detiene en la vereda y golpea las manos.

Adelina de Rao se sorprende al verlo, se lo imaginaba de otro modo.

—Mi esposo no está —dice.

—¿Y Lilí? —pregunta él.

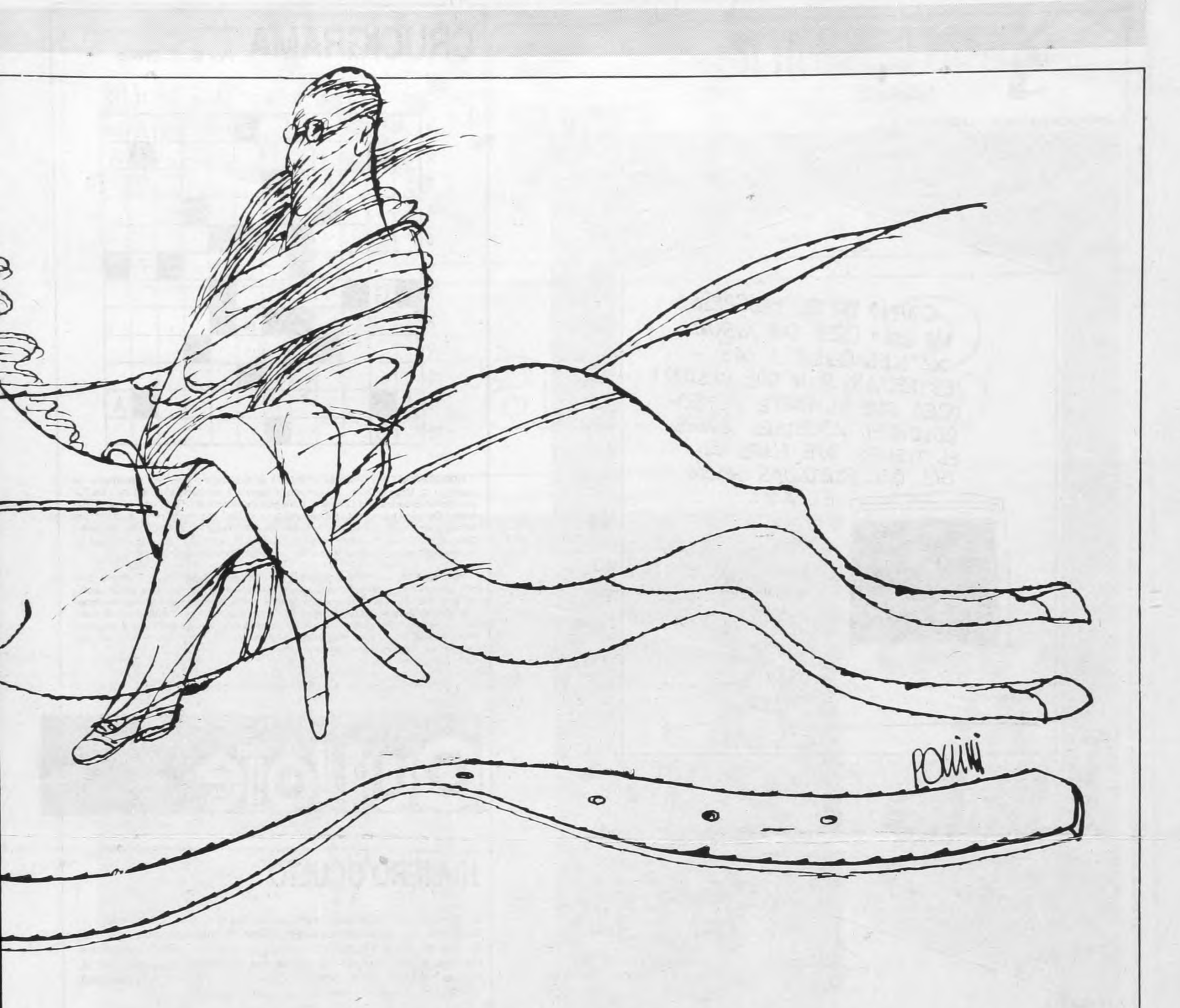
Adelina de Rao no sabe de qué le habla. Si en esa casa hay alguien que se llama Lilí no es cosa que a él le importe. El tiene que hacer de cuenta que la hija de ella no existe más. Se fue de viaje. Y en cuanto al esposo no va a encontrarlo porque del trabajo se iba directamente a jugar a los naipes a la Tierrita y cuando va ahí no se sabe a qué hora viene. Tampoco puede explicarle cómo se llega porque no hay caso, nadie que no sea del barrio puede llegar. El insiste y ella hace unas señas vagas hacia el lado del Riachuelo.

—¿Puedo hablar un minuto con Lilí?

—No estoy autorizada.

—Sólo un minuto —pide él— no puede tener nada de...

Adelina de Rao cierra la puerta y le pone llave.



O PRIMERO

(Fragmento)

durmiendo. Es la hora de la siesta, duerme la madre y las mujeres casadas de la cuadra. Un toquecito en la reja.

—Eh, Lilí —dice Nuchi.

—¿Hablaste? —le pregunta ella.

—Sí, pero a mí no me metas en líos. Ya tengo bastantes.

—Y qué te dijo.

—Que vos no te preocupes por nada. Que él va a venir a hablar con tu papá.

Y se la va a llevar en andas. Y cruzarán la calle ancha y después la avenida y vivirán juntos toda la vida.

—¿Pero para qué va a venir a hablar con mi papá?

—Qué sé yo. ¿Te vas a casar con él?

—El ya está casado, ¿y sabés cuántos años tiene? Casi como mi papá.

Nuchi se queda como de piedra. En el fondo no debería extrañarle, teniendo en cuenta aquel episodio que vivieron juntas. Tal vez Nuchi ni siquiera se acuerde.

—Por la voz me parecía —dice Nuchi, alejándose de la reja—. Es linda pero no es la voz de un chico. Es linda, es gruesa —se va caminando de espaldas—. No me metas en más líos.

Se olvidó de reclamarle la valija y ahora la madre se mueve en la cama de la otra pieza. Sobre la mesa de la cocina están los pulóveres que trajo para remallar. No piensa agarrar la aguja, además tiene moretones en el dorso de las manos y los dedos hinchados y no va a dejar de mirar la calle hasta que él llegue. Entreabre la cortina y se recuesta contra la pared. Desde ahí podrá ver sin que la vean.

Debe ser tarde porque en la vereda de enfrente se recortan las sombras de las casas. De este lado todavía hay sol, rojo, sanguinolento. Y entonces lo ve venir y con ella toda la cuadra. Hay quien sale a la vereda para apreciar el motivo del escándalo. Ella le habló reiteradamente de su casa como para que él busque timbre, aldaba o llamador. Se detiene en la vereda y golpea las manos.

Adelina de Rao se sorprende al verlo, se lo imaginaba de otro modo.

—Mi esposo no está —dice.

—¿Y Lilí? —pregunta él.

Adelina de Rao no sabe de qué le habla. Si en esa casa hay alguien que se llama Lilí no es cosa que a él le importe. El tiene que hacer de cuenta que la hija de ella no existe más. Se fue de viaje. Y en cuanto al esposo no va a encontrarlo porque del trabajo se iba directamente a jugar a los naipes a la Tierrita y cuando va ahí no se sabe a qué hora viene. Tampoco puede explicarle cómo se llega porque no hay caso, nadie que no sea del barrio puede llegar. El insiste y ella hace unas señas vagas hacia el lado del Riachuelo.

—¿Puedo hablar un minuto con Lilí?

—No estoy autorizada.

—Sólo un minuto —pide él— no puede tener nada de...

Adelina de Rao cierra la puerta y le pone llave.

GENTILEZA EDITORIAL PLANETA

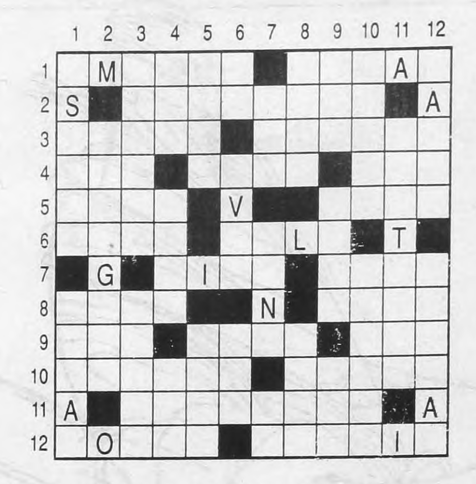




el PERICH

CRUCIGRAMA

Por S. D. Greco



HORIZONTALES: 1. Posarse en el agua un hidroavión. / En India, gobernador de provincia. **2.** Mozo de hotel. **3.** Huesudo./ Empezar a mostrarse algo. **4.** Lirio./ De Rusia./ British Broadcasting Company. **5.** Región de Indochina./ Flojo, sin fuerzas. **6.** Extraño./ En aquel lugar. **7.** Arista cortante de cuchillo./ Roturen la tierra. **8.** Barro fino vidriado, empleado en vajillas./ Parte del árbol. **9.** Oficial turco./ Quinto hijo de Sem./ Título honorífico inglés. **10.** Piedra fina de color azul./ El que actúa. **11.** Que ronca. **12.** Ruano./ (Luis Federico) Bioquímico argentino, premio Nobel en 1970.

VERTICALES: 1. Desolar, arrasar./ Coger con lazo. **2.** Templo judío. **3.** Atribuir delito o culpa./ Cosecha de caña de azúcar. **4.** Radián./ Burla./ Partícula con carga eléctrica. **5.** Atracción por el otro sexo./ Río de Italia. **6.** Radio./ Parecido a la uva./ Ave fabulosa oriental. **7.** Igualdad de superficie./ Tela fuerte para toldos./ Contracción. **8.** Centauro muerto por Hércules./ "...in Lanús", obra teatral con Luis Brandoni. **9.** Argolla./ Atar./ Repollo. **10.** Aparato explosivo./ Señal, indicio. **11.** Abstinente de bebidas alcohólicas. **12.** Embarcación./ Relatar, contar.

NUMERO OCULTO

En el esquema le damos las pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
1	7	2	0	0	2
4	3	0	8	2	0
7	3	1	6	1	0
9	4	0	5	0	1

Solución

A	M	A	R	A	R	■	N	A	B	A	B
S	■	C	A	M	A	R	E	R	O	■	A
O	S	U	D	O	■	A	S	O	M	A	R
L	I	S	■	R	U	S	O	■	B	B	C
A	N	A	M	■	V	■	■	L	A	S	O
R	A	R	O	■	A	L	L	I	■	T	■
■	G	■	F	I	L	O	■	A	R	E	N
L	O	Z	A	■	■	N	■	R	A	M	A
A	G	A	■	A	R	A	M	■	S	I	R
Z	A	F	I	R	O	■	A	C	T	O	R
A	■	R	O	N	C	A	D	O	R	■	A
O	V	A	N	O	■	L	E	L	O	I	R

El número oculto es cuatro mil doscientos dieciocho.